

De la protesta sindical al estallido estudiantil y vecinal en Guayana

Oscar Murillo*



ANÍBAL BARRETO

El vacío de liderazgo en un amplio sector de la oposición, representada en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), y la indiferencia del Gobierno a la necesidad de un diálogo social verdadero, aunado al agravamiento de la inflación y el desabastecimiento, rebotaban la paciencia en una población tradicionalmente inmovilizada ante las causas político-partidistas, más allá del hecho de asistir a una que otra marcha trajeados del tricolor patrio en una gorra, camisa o pulsera.

En medio de este contexto, y con el hampa causando destrozos en las familias guayacitanas y modificando su estilo de vida, era altamente probable que este descontento —atizado por grupos políticos que sacaban provecho al letargo de otros— rebosara los cafetines, las panaderías, los clubes, las universidades y las plazas residenciales de zonas urbanas.

No era la excepción Ciudad Guayana y, de manera especial, Puerto Ordaz estuvo a la cabeza de las manifestaciones que siguieron a la multitudinaria e inesperada marcha del 12 de febrero.

El foco estaba en la avenida abierta, en la plaza construida en tributo a la CVG y en todas y cada una de las calles de Alta Vista, que como su nombre lo indica es el sector ubicado en la parte más elevada de Ciudad Guayana.

Nunca antes desde la fundación de la ciudad, el 7 de julio de 1961, Alta Vista había sido tan mencionada y reseñada en los medios regionales, nacionales e internacionales; mucho menos como uno de los principales focos de conflicto del país.

Por cinco largos días esta zona, que alberga también un importante número de conjuntos residenciales, estuvo cerrada por los cuatro costados.

Por un lado, los muchachos se paseaban de un lado a otro verificando la armadura de las barricadas: pequeñas fortalezas construidas con árboles, pedazos de semáforos, vallas y cauchos. Por el otro, los vecinos, que a partir del 13 de febrero fueron sumándose a la protesta, contribuían en la vigilancia, la preparación de las comidas y la logística de las manifestaciones que se daban en la tarde y noche.

Un espacio de gran fluidez vehicular convertido en una gran pancarta. Sus calles pintadas de consignas. Las esquinas cerradas. Carpas y banderas ondeaban en las aceras. Un paisaje jamás visto. La toma de Alta Vista bajo la convicción de que ello iba a conducir al cambio de gobierno, algo no alcanzado en las urnas.

Para muchos de los *mayores*, es decir, los padres, tíos, hermanos y abuelos de los jóvenes manifestantes, se trataba de su reivindicación (más espiritual que

La falta de objetivos claros, y la desilusión de que sus estrategias para enfrentar los carros blindados de la GNB durante largas y explosivas noches no modificaban la estructura de gobierno, fueron determinando el abandono de las calles por ahora.

política) por una década de silencio, por años de nula participación ciudadana que pasan una larga factura.

LA CERTEZA DE LO PERDIDO

Perdida en su incoherencia y fragmentada por una política de Estado, la dirigencia sindical, que hasta el cierre de 2013 mantuvo su rol de actor clave del movimiento de protestas regionales, quedaba entonces en un tercer plano en el nuevo mapa de conflictividad (febrero-mayo 2014).

¿Quiénes asumieron las banderas de la lucha política y los reclamos de índole social? Los jóvenes. Muchachos a punto de graduarse en las universidades públicas y privadas de Ciudad Guayana, algunos bachilleres y profesionales recién graduados sin empleo a la vista. Las madres de los manifestantes reprimidos. Residentes de las zonas urbanas, quienes experimentaban por vez primera la necesidad de rebelarse contra el poder constituido. No por asfaltado, agua y luz, que son los motivos centrales de las protestas vecinales en San Félix, la otra mitad de Ciudad Guayana olvidada por el proceso industrial pese a constituir la génesis de la urbe.

El contenido de las protestas giraba en torno al desmejoramiento en la calidad de vida: falta de ofertas de productos básicos en los supermercados, las colas para servicios de primera necesidad, la criminalidad que secuestra los espacios públicos y obliga a la gente a encerrarse en sus casas y, sobre todo, la falta de oportunidades.

Surge así una generación que percibe un futuro comprometido, lleno de incertidumbres, y que mira con añoranza los logros de sus padres, esos que ellos temen no poder alcanzar por la situación país.

AMBIENTE DE LACRIMÓGENAS

Con los abusos militares y la indisposición de las autoridades locales a comprender al grupo que dio rostro al malestar, sucedieron enfrentamientos que convirtieron desde el 16 de febrero la zona de Alta Vista en un campo de batalla, donde la ley y el respeto a las diferencias políticas fueron reemplazadas por los palos, las botellas y las piedras.

Sin embargo, las movilizaciones fueron amainando al compás de las detenciones que, si bien al principio sirvieron de catalizador de más protestas, luego tuvieron un efecto intimidante.

Ráfaga de gases lacrimógenos dentro de los edificios, allanamientos sin orden judicial, intimidación vecinal a través de las tanquetas dispuestas en la entrada de los edificios, amenazas de prisión a quienes deambulaban por la zona, aprehensiones a menores de edad, formaban parte, día tras día, de una realidad dominada por la imprevisibilidad.

Las respuestas fueron inmediatas. Dirigentes estudiantiles, junto a los familiares y amigos de las personas recluidas en centros penitenciarios tras su detención en protestas, arengaban por la liberación de los presos.

La falta de objetivos claros, y la desilusión de que sus estrategias para enfrentar los carros blindados de la GNB durante largas y explosivas noches no modificaban la estructura de gobierno, fueron determinando el abandono de las calles *por ahora*.

El regreso a la cotidianidad pesaba mucho. Las universidades y los colegios afectados por los cierres de vías demandaban un poco de tranquilidad. La militarización excesiva impuso nuevas reglas. La ardiente protesta de los primeros días daba paso a la creatividad en las paredes. Los actos violentos, como el destrozo de semáforos y árboles, recibían un claro repudio popular.

No pocos guayaneses mantienen vivo el reclamo social en la calle. Padres Organizados Guayana, el grupo Calles por Venezuela y un movimiento estudiantil más cohesionado son los signos más visibles de la convulsión de febrero.

Las coloridas y creativas marchas que arrancaron con fuerza el 12 de febrero cambiaron las perspectivas de país para muchos que tardíamente exploraban que la participación ciudadana trasciende el sufragio cada seis años.

Mujeres, hombres y jóvenes desprovistos de cualquier razonamiento de cálculo político y de las diatribas de quienes ejercen y aspiran al poder, continúan exigiendo un mejor país. Una Guayana próspera y menos hostil para las nuevas generaciones que se levantan.

La reconstrucción de un tejido social descentralizado que permita el fortalecimiento de un movimiento autónomo, capaz de hacer contrapeso a los diferentes poderes, cobra vigencia en un lugar donde sus habitantes asumen que es tiempo de soltar amarras del Estado.

*Jefe de redacción del Correo del Caroní.